

UN GIRO INESPERADO

*¿Qué pasaría si Cruella y Anita
fueran mejores amigas?*

Cruel verdad

JEN CALONITA



Cruel verdad

UN GIRO INESPERADO

LIZ BRASWELL

Traducción de Marta García Madera

LIBROS 

© 2025 Disney Enterprises, Inc.
Todos los derechos reservados
© de la traducción: Marta García Madera, 2025
Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
Primera edición: septiembre de 2025
ISBN: 979-13-87526-49-8
Depósito legal: B. 13.669-2025
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados
de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque
sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar
este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa
de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la
web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de
cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías
de inteligencia artificial.

Capítulo Uno

Anita

Diciembre de 1958

Anita tenía que admitirlo: ciento un dálmatas eran muchos.

Cuando llegaron, sus ladridos eran tan fuertes que podrían haber despertado a medio Londres. Sabía que el sonido de tantos cachorros aullando durante las últimas horas de la noche debería mortificarla, pero, por una vez, Anita no estaba pensando en el decoro. ¡Perdita y Pongo, los perros a los que Roger y ella tanto querían, estaban en casa! Habían encontrado de milagro el camino de vuelta con sus quince cachorros secuestrados, y otros ochenta y cuatro cachorros más.

Sí, así es: ochenta y cuatro cachorros extra.

Ochenta y cuatro.

Ahora había ciento un dálmatas en su diminuta casa.

Aquella cifra le daba vueltas en la cabeza. Se apoyó contra una pared y se frotó la sien. Roger, Nani, su ama de llaves de toda la vida,

y ella habían contado a los cachorros tres veces, mientras se movían y retorcían, agitando sus pequeñas colas, golpeando todo tipo de cosas y ensuciando muebles y alfombras con las patas cubiertas de hollín. Por alguna extraña razón, los perros llegaron cubiertos de hollín, por lo que parecían perros labradores. Pero ¿a quién le importaba la suciedad cuando habían sido bendecidos con aquella buena fortuna? A Anita no se le ocurrió ningún regalo navideño mejor.

Se olvidaron de que iban a podar los árboles.

—¡Pongo, amigo! —seguía diciendo Roger mientras bailaba con las patas de su mejor amigo en sus manos. Se miraban el uno al otro con tanta adoración que a Anita se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Esto hay que celebrarlo! —declaró Roger. Fue directamente a su piano para pensar en una nueva canción basada en su afirmación de que en efecto se quedarían con los ciento un dálmatas y, para hacerlo, se mudarían al campo de inmediato, donde comprarían una especie de recinto para perros. Pongo, Perdita y los cachorros también parecían encantados con esta idea, aullando mientras a Roger se le ocurría la letra, que de alguna manera incluso Anita y Nani cantaron también. A Roger se le daban realmente bien las letras pegadizas.

En secreto, Anita todavía se sentía un poco mal por la canción que había inspirado el primer gran éxito de Roger. Era una canción titulada *Cruella De Vil*. Había basado la letra en encuentros con su vieja amiga de la escuela, Estella De Vil. Anita estaba segura de que los demandarían por difamación o calumnias cuando se lanzó la canción, pero en un movimiento que era clásico de Estella, su vieja amiga había adoptado el apodo que Roger le había puesto.

—He escuchado la canción, cariño, y es un puntazo —le había dicho a Anita cuando la llamó unas semanas después de escuchar la melodía. Aunque Estella y ella no hablaban a menudo, desde aquel desafortunado incidente en el instituto, Anita intentaba mantenerse

en contacto con su amiga. A veces Estella le devolvía la llamada. Y otras no.

—¡Me conmueve estar en la mente de Roger tantos años después! —dijo Estella con una carcajada—. Y no me molesta en absoluto el apodo. ¿Te dije que ahora me hago llamar Cruella? ¡De verdad! Todo mi personal me llama así. Soy despiadada, como sabes. —Estella continuó diciendo que la canción también impulsó las ventas de House De Vil en Londres—. Espero que Roger haya firmado un buen contrato para esa canción. Así, ¡tu sir Galahad por fin podrá permitirse el lujo de comprarte una casa decente! —dijo Estella, riéndose un poco más antes de colgar.

Anita se sintió aliviada. Estella podría haberse puesto furiosa por la canción. Ya la habían hecho enfadar cuando Roger acusó a Estella de secuestrar a los cachorros. Pero después de una investigación exhaustiva por parte de Scotland Yard, fue absuelta de todos los cargos.

Anita estaba segura de que Roger simplemente estaba dejando que los viejos rencores contra la familia De Vil influyeran en sus decisiones. Estella se había mostrado compasiva por la desaparición de los cachorros (algo raro teniendo en cuenta que Estella odiaba a los animales de cualquier tipo).

En su juventud, Estella no hizo gala de aquella serenidad cuando se formularon acusaciones contra la House De Vil y su padre. Anita se estremeció al pensar en la última vez que Estella y ella se habían visto metidas en un problema relacionado con la policía. La mano se le fue al cuello en el acto al recordar aquellas circunstancias.

Un fuerte golpe en la puerta sacó a Anita de sus recuerdos. Todos los cantos y aullidos cesaron por un momento cuando Roger fue a abrir. Anita y Nani se miraron antes de asomarse por la esquina y ver a un policía de uniforme. Anita se limpió una huella de hollín del delantal mientras se esforzaba por escuchar lo que decían los dos. Algo sobre una queja por ruido. No era de extrañar.

—Hay mucho ruido aquí, ¿verdad? Pero ¡es maravilloso! —dijo Roger con tono cordial más fuerte que todos los ladridos—. Estamos de celebración. Nuestros perros han encontrado el camino a casa y, ¡mire!, han encontrado ochenta y cuatro cachorros nuevos que han traído con ellos.

El policía parecía desconcertado.

—Sí. Bueno. Por favor, intenten bajar el volumen. Son más de las diez de la noche, ¿sabe?

—Sí, sí, por supuesto —dijo Roger distraído—. ¿Quiere una galleta antes de irse?

El policía le dijo adiós con la mano.

—Muy bien. Que tenga buenas noches, oficial. Haremos todo lo posible para no hacer mucho ruido.

Roger cerró la puerta y volvió directamente al piano para seguir jugueteando con la idea de su nueva canción. Pongo estaba a su lado, haciendo guardia, escuchándole.

—Anita, cariño —dijo Roger—. ¿Qué te parece esto? —Tarareó algo mientras tocaba unos compases—. ¿Es pegadizo?

—Mucho —dijo Anita, sabiendo muy bien que su marido seguiría retocando esas mismas notas una y otra vez hasta que a él le parecieran perfectas. Anita sintió un empujoncito y miró hacia abajo. Perdy, como cariñosamente llamaba Anita a su hermosa perrita, intentaba llamar su atención.

—Tienes razón, Perdy —supuso Anita—. Probablemente deberíamos limpiarlos a todos y acomodarnos para pasar la noche, ¿no? —dijo, hablando con Perdy como si fuera humana, algo que hacía a menudo.

Eso sí, solo lo hacía en casa y no le importaba si la gente pensaba que era rara. Anita sentía que Perdy la entendía y ella entendía a Perdy. Y lo que su perra quería en ese momento era limpiar a los cachorros y llevarlos a todos a la cama. Anita lo entendía. Su delantal

y su falda estaban cubiertos de hollín, y sabía que también tenía algo en la cara, pero, por una vez, la apariencia no era importante. (Estella no soportaría oírle decir eso). Tenía preocupaciones más apremiantes: ¿cómo iban a bañar a todos aquellos cachorros y dónde iban a dormir esa noche?

Realmente iban a tener que estudiar la idea del recinto para perros con bastante rapidez. Varios cachorros reclamaban a Perdy y Anita en ese instante. Anita recogió al cachorro dálmata más cercano (era mitad negro, mitad blanco, y Nani le había cepillado el trasero con un plumero).

—¿Qué te parece un baño? —le susurró con cariño mientras lo acariciaba.

—Cojo a estas cositas preciosas y empiezo —dijo Nani, arrancando al cachorrito de los brazos de Anita. El uniforme blanco y negro y el sombrero de Nani estaban cubiertos de hollín de pies a cabeza, al igual que su cabello gris, recogido en un moño. Pero a Nani no le importaba. Había llorado más que nadie cuando robaron a los perritos mientras ella los vigilaba. Pero, como le recordó Anita, ¿cómo iba a saber Nani que los dos hombres que se hacían pasar por empleados de la compañía eléctrica en realidad eran secuestradores de perros?

Las descripciones de los hombres atormentaban a Anita. Nani había dicho a un policía que eran dos: uno alto y flaco y el otro bajo y rechoncho, ambos con cabello oscuro y acentos regionales británicos. Sus descripciones le recordaron a dos jóvenes con los que se había cruzado más de cinco años atrás, después de trabar amistad con Estella.

No podrían ser los mismos tipos, ¿verdad? Anita frunció los labios, preguntándose cosas para las que no tenía respuesta y preocupándose por ellas. Para empezar, ¿por qué alguien había robado los perritos? ¿Y de dónde habían salido todos esos otros perros? No es

que pudiera preguntarles a Pongo y Perdita, pero aun así no podía evitar preocuparse. ¿Estaban los perros a salvo ahora que estaban en casa? ¿O quien los robó la primera vez volvería a intentarlo de nuevo?

Roger empezó a tararear y tocar el piano con más fuerza y Pongo ladró siguiendo la melodía.

Anita suspiró. Esas eran preguntas con las que podría lidiar al día siguiente. Esa noche debería permitirse una celebración igual que su marido. La imaginación de Anita podía ser muy activa a veces. Por eso Roger y ella encajaban tan bien. Los dos eran creativos, él con su música, y ella con su escritura y sus bocetos.

Había estado escribiendo historias sobre su perra de la infancia, Madeline, y ahora sobre Perdy, durante años, trabajando en las historias por las noches o los fines de semana mientras Roger tocaba el piano. Nunca las había enseñado a la editorial en la que trabajaba; por lo visto, todo lo que publicaban estaba escrito por hombres, así que estaba esperando el momento oportuno, tratando de descubrir cómo entrar. Sabía que, si hablaba con Estella sobre aquello, su vieja amiga insistiría en que Anita diera a conocer sus escritos y entraría y exigiría que le publicaran el libro. O Estella lo haría por ella. Anita sonrió para sí misma. Faltaba menos de un mes para 1959. Se prometía en ese instante que publicaría sus historias. Ese sería su año. Tenía veintiún años y era una joven casada con una familia propia (si contábamos a Roger, los perritos, Pongo, Perdy y Nani, cosa que ella sí hacía). Haría las cosas de manera diferente a como se habían hecho en casa cuando era pequeña. La década de 1960 estaba a la vuelta de la esquina y ella podía ser lo que quisiera.

¿Acaso no era lo que le había enseñado Estella? Y mírala, con una carrera en el mundo de la moda. Sus caminos habían sido diferentes. Anita había ido a la universidad como siempre había soñado y Estella había pasado a trabajar con su padre directamente en la casa de moda de la familia, que estaba cosechando muchos éxitos.

Había llegado el momento de que Anita tomara el control de su propia carrera; terminaría ese libro. Frunció los labios. Ahora que Perdy estaba en casa con todos aquellos cachorros, sin duda tenía suficiente inspiración.

Y en un recinto para perros en el campo... Sí. Ese ambiente estaría bien.

—Una vez que los perritos estén bañados, podemos buscarles unas mantas para que duerman —decía Nani, mirando por la habitación a todos los cachorros, que no paraban de moverse. Eran tantos que ni siquiera podían ver el suelo—. Cubriremos los muebles y limpiaré la tapicería mañana.

—Yo te ayudaré —dijo Anita, recogiendo a dos cachorritos del suelo mientras Perdy la seguía con entusiasmo.

Roger, su despistado favorito, seguía tocando el piano.

Por suerte, entre Nani y ella consiguieron lavar a todos los perritos para medianoche, y a Perdy y Pongo se les dio sorprendentemente bien acorralar a noventa y nueve cachorros en una habitación para dormir un poco. Casi parecía como si estuvieran acostumbrados a manejar tantos cachorros a la vez. ¡Qué idea tan absurda!, ¿no?

—Roger, cariño —dijo Anita a su marido, que seguía garabateando notas en una partitura frente al piano—. Deberíamos acostarnos ya, ¿no crees?

—Sí, sí. Tienes razón —dijo él, que se despeinó al pasarse una mano por su pelo rubio y continuaba mirando la partitura. Anita sabía que Roger no tenía ni idea de lo que le acababa de decir. Cuando al hombre se le metía una idea en la cabeza, no podía concentrarse en nada más. Llevaban poco tiempo casados, pero ya conocían bastante bien los patrones y ritmos del otro. La pasión de su marido era una de las cosas que más le gustaban de él.

Aunque al principio ella la hubiera despreciado.

—¿Rog? La música seguirá ahí por la mañana —lo volvió a intentar, con un tono ligero y alegre.

Pongo dio un toque a su dueño como si entendiera lo que decía Anita.

Nani estaba junto a Anita y bostezó. Todo el cuerpo se le empezó a tambalear por el cansancio.

—Adelántate tú, Nani —dijo Anita a la mujer mayor a la que quería como a una madre—. Yo apagaré las luces. Sospecho que mañana será un día largo —añadió, mirando a las docenas de cachorros esparcidos en los sofás y las sillas, y acurrucados juntos en las alfombras al lado de la chimenea. ¿Cómo se las ingeniarían?

—Buenas noches, queridos perritos —susurró Nani, mirándolos con cariño—. Que descanséis.

Anita se dirigió a la puerta principal para asegurarse de que estuviera cerrada (un hábito que había adquirido desde la desaparición de los perritos); después, fue hacia su marido y lo rodeó con los brazos, inclinando la cabeza cerca de él para ayudarlo a romper su trance de trabajo.

—Roger, cariño, de verdad. Tenemos que acostarnos. Los perritos se levantarán antes de que nos demos cuenta.

Él retiró las manos de las teclas del piano y las colocó encima de las de Anita.

—Tienes razón, cariño. Perdona. Vamos a la cama. Tenemos muchas cosas que hacer mañana. —Apartó las manos de ella, cerró el piano y se levantó en silencio, acariciando la cabeza de Pongo.

Antes de su desaparición, Pongo y Perdita dormían a los pies de la cama con sus quince cachorros, pero ahora no hacía falta decir que querrían quedarse abajo y vigilar a su prole ampliada. Anita besó a Perdy en la cabeza. Al lado de su madre vio a Rolly y a Patch, y eso hizo que su corazón se acelerara. Sus cachorros. Sus preciosos cachorros estaban en casa.

Roger la cogió de la mano y la llevó escaleras arriba.

—Mañana va a ser un gran día —dijo Roger bostezando y arrugando la nariz—. Tenemos mucho que hacer. Creo que deberíamos poner la casa en venta ya, ¿no? —No le dio oportunidad de responder—. Tal vez deberíamos ir al campo mañana a explorar propiedades. Necesitamos una finca grande donde haya espacio para que paseen los perritos y no tengamos que preocuparnos de las quejas por ruido.

Anita pensó de repente en Hell Hall. Apartó aquella idea de su cabeza.

—Ir al campo suena genial.

—Sospecho que el *Reynolds News* querrá hacer un artículo de seguimiento sobre el regreso de los perritos. Podría estar bien. —Roger chasqueó los dedos—. ¡Los perros serán famosos! ¿Quién sabe? Puede que Kanine Crunchies quiera darnos comida para perros de por vida. Eso nos ayudaría, ¿no crees?

Roger le soltó la mano para encender la luz del piso de arriba. A Anita le encantaba verlo así de motivado.

—Nos iría de perlas.

Anita se detuvo en el escalón superior y miró hacia los perritos, a Pongo y a Perdita, acurrucados muy juntos en el suelo.

—¿Crees que es seguro dejarlos aquí con Nani por la tarde mientras vamos al campo?

—Sí, cariño. A nadie se le ocurriría robar tantos cachorros —dijo riéndose. Hizo una pausa, dándole vueltas a algo—. Aunque supongo que deberíamos llamar a Scotland Yard y asegurarnos de que los otros cachorros no fueron secuestrados. Odiaría pensar que hay otras parejas buscando a sus perritos.

—Buena idea, Rog. Llamaré a primera hora.

Y Roger tenía razón sobre ir al campo. No podían preocuparse cada vez que salían de casa, ¿verdad?

—Si nadie ha informado de la desaparición de los cachorros, nos los quedaremos a todos —declaró Roger mientras caminaban de puntillas hacia el dormitorio ya que el suelo tendía a crujir.

—Creo que a Pongo y a Perdy les gustaría eso —coincidió Anita, que entró en la habitación y quitó las fundas de almohada de su cama—. Es raro cómo encontraron a esos cachorros, ¿no crees? ¿De dónde los habrán sacado?

Roger se la quedó mirando.

—Si tuviera que adivinar, diría que Estella tuvo algo que ver con todo esto.

—Rog —lo regañó Anita—. Eso que has dicho es horrible. Scotland Yard la interrogó. Dijeron que ella no tuvo nada que ver con la desaparición de los perritos y lo sabes.

—¡Bah! —Roger entró en el dormitorio arrastrando los pies y sacó un pijama a rayas del cajón de una cómoda. Luego dio media vuelta y se dirigió por el pasillo hasta el baño—. No me importa lo que tenga que decir Scotland Yard. Estella estaba demasiado interesada en la llegada de nuestros cachorros. ¿Cuándo fue la última vez que le importó algo de lo que sucedía en esta casa?

Anita hizo una pausa. Ahí la había pillado.

Todavía podía oír la voz de su marido resonar por el pasillo.

—En lo que a mí respecta, donde va Cruella, hay problemas.

—Roger, por favor, deja de llamarla así —dijo Anita con un suspiro de cansancio—. Siempre pensé que era un apodo despreciable y totalmente indigno de ti.

Lo escuchó murmurar algo poco cortés mientras volvía por el pasillo. Cuando él regresó, ella ya se había acostado y estaba tratando de desterrar los pensamientos sobre su amiga de conveniencia. Roger se acostó a su lado. Tenía los pies helados cuando rozaron los de ella.

Se inclinó y la besó con cariño.

—Lo siento, mi amor. No quiero ser tan horrible, pero ya sabes cómo me afecta. Cruella siempre lo ha hecho. Desde que éramos niños.

Estella era uno de los raros temas en los que nunca se ponían de acuerdo, y Roger la conocía desde hacía más tiempo que Anita.

—Lo sé. Aunque me parece gracioso que ya no puedas decir su nombre verdadero ahora que has usado su apodo en una canción —dijo en broma.

—Me pone de los nervios. Siempre lo ha hecho. ¡Es una mujer diabólica! —dijo él, alzando la voz. A Anita le pareció oír el ladrido de un cachorro en el piso de abajo.

—Roger, por favor —le suplicó—. Despertarás a los perritos.

—Es que me molesta mucho —continuó. Sus ojos marrones se oscurecieron mientras se tapaba con las mantas hasta debajo de la barbilla y fruncía el ceño—. No se puede confiar en ella. Tú lo sabes. Y yo también. Sobre todo, después de lo que pasó cuando íbamos al instituto.

—Fue un malentendido —dijo Anita, que es lo que siempre decía. A menudo habían discutido sobre lo que ocurrió cuando estaban los tres en el instituto Highbrook cinco años atrás, y ambos tenían teorías diferentes. Roger siempre echaba la culpa a Estella. En cambio, Anita quería culpar a la compañía de Estella. La idea de que Estella pudiera haber estado detrás de lo sucedido le dolía demasiado como para considerarlo.

Roger carraspeó.

—Todavía no entiendo cómo alguna vez fuiste su amiga.

Anita sonrió para sí misma cuando apareció una imagen de Estella y ella en un gran vestidor, con los vestidos tirados a sus pies, y Estella subió a Anita a la otomana y la hizo girar.

«¡Ten confianza, Anita! A nadie le gustan los blandengues. Ac-túa como si fueras una fuerza que tener en cuenta y así será como te trate la gente».

—Estella era una persona diferente en aquel entonces. Las dos lo éramos. —Se inclinó hacia su querido marido y dejó que su nariz rozara la de él—. Igual que tú —dijo en broma.

Él se rio a su pesar.

—Era un poco plasta, ¿no?

Anita se empezó a reír.

—Eras inaguantable —le dijo, riéndose con más fuerza—. No te soportaba.

Ambos se reían tanto que apenas podían hablar. Al cabo de un momento, Roger respondió:

—¡Genial! Pero que quede claro. Recuerdo que me dijiste eso una o dos veces. Yo tampoco te tenía mucho cariño, ¿sabes? —Anita le dio una palmada juguetona en el hombro—. Al menos eso era lo que fingía. Ya sabes cómo somos los chicos. No sabemos qué decir ante una chica guapa. Yo era un muermo insoportable que era un poco competitivo solo para poder llamar tu atención.

Anita lo miró y dejó de reír.

—Eras competitivo, pero nunca fuiste un muermo.

Él le sonrió.

—Y tú no eras Anita Aburrida, aunque te llamara así una o dos veces.

Ella se inclinó hacia él y Roger la rodeó con sus brazos en la cama.

—Éramos terribles el uno con el otro en aquel entonces, ¿no? —dijo Anita en voz baja.

—Culpo a Cruella —dijo Rog en broma, pero ella sabía que lo decía en serio.

—No —dijo Anita, recorriendo con el dedo el bolsillo de la parte superior del pijama de Roger—. Estoy agradecida de que ella llegara a mi vida. De verdad.

Anita levantó la vista y miró a su marido.

—No estoy segura de quién sería si no la hubiera conocido. Yo era tímida, estaba marginada, y ella me ayudó a salir de mi capacidad.

Roger le apartó un mechón de pelo de los ojos.

—Siempre la viste con gafas de color de rosa. Yo la veo tal como es de verdad.

«¿En serio? ¿Alguien lo hace?», le quería preguntar Anita. La Estella que ella conocía llevaba muchas máscaras. Rara vez alguien veía a la persona real que estaba debajo. Aunque Anita sospechó que había estado cerca de ella durante un breve período. Le vinieron a la mente imágenes de su etapa en Highbrook, del trabajo en el refugio Hampton House para perros y gatos, y de un Roger muy diferente y una Estella completamente distinta.

—Solo digo que, en el caso de Estella, las apariencias engañan.

Roger la besó de nuevo y luego apagó la lámpara que tenía al lado.

—Si tú lo dices. Pero, por lo que yo he visto, con Cruella —dijo él, usando el apodo a propósito— las cosas siempre son lo que parecen.

Anita apagó la luz de su lado de la cama y se acurrucó junto a su marido. Roger ya empezaba a roncar cuando ella susurró a la oscuridad:

—Ahí te equivocas, cariño. Nada es nunca lo que parece cuando se trata de Estella De Vil.